LA BUSQUEDA DE LA SABIDURIA EN SENECA

María Angotta L.

"Y a él también Séneca, según dijeron muchas personas dignas de fe, lo instigó [a cometer el matricidio], ya sea porque había sido aconsejado a encubrir la acusación en contra suya, ya porque quiso que Nerón se manchase de una muerte impía para hacerle perecer cuanto antes por castigo de los dioses y a mano de los hombres" (Dion Cassio, *Historia Romana*, LXI, 12).

"Pero a Nerón, que esperaba noticias sobre la consumación del asesinato, se le anunció que [Agrippina], herida levemente, se había evadido [a nado] y que el trance había sido tal que no podía dudarse de su autor. Entonces, casi exánime de pavor, empezó a afirmar que cuanto antes ella se aprestaría a la venganza, armaría a los esclavos, o encendería en cólera a los soldados o convencería al senado y al pueblo denunciando el naufragio, la herida, la muerte de sus amigos. ¿Qué defensa le quedaba sino la que podían proporcionarle Burrho y Séneca? A éstos mandó a llamar, despertándoles, y no se sabe si ellos ya estaban al tanto. Ambos, pues, guardaron largo silencio para no tratar en vano de disuadirle o, acaso, porque estaban convencidos de que la situación se había precipitado a tal punto que, si no se le anticipase [a Agrippina], forzoso para Nerón sería el morir.

"Luego Séneca se demostró en este momento más resolutivo, tanto que miró a Burrho para inquirir si a los soldados debía ordenárseles una muerte. Repuso aquel que los pretorianos, devotos a toda la casa de los Césares, y memores de Germánico, ninguna atrocidad osarían cometer en contra de su hija. Que Aniceto consumase lo que había prometido" (Tácito, *Annales*, XIV, 7).

"Séneca no supo sostener mejor su gloria que la de su discípulo Nerón" (M. de Sacy, *Tratado de la Gloria*).

"Oh Séneca, tú eres y serás siempre, con todos los desventurados ilustres, con todos los grandes hombres de la antigüedad, uno de los más dulces vínculos entre los hombres instruidos de todos los tiempos y sus amigos... Habrías sido el órgano de la justicia, si yo hubiera estado en tu lugar y tú en el mío" (D. Diderot, *Vida de Séneca*).

"Séneca, el sabio que lo es porque ante todo se preocupa del hombre, de su condición, de su dignidad, de su libertad" (Gallegos Rocafull, comentario a la edición de las *Obras completas de Séneca*).

Juicios tan discrepantes nos proponen de inmediato a Séneca como una personalidad enigmática, plurifacética. ¿Quién fue, en realidad, Séneca?

Si lo consideramos a la luz de la opinión de Dion Cassio, y de su resumidor Xiphilino, vemos en él al complaciente preceptor y consejero de Nerón, al codicioso ministro del imperio que, con su avaricia, provocó la rebeldía de la Bretaña, exigiendo la repentina restitución de un crédito; al moralista más hipócrita de la Antigüedad, quien, enormemente rico, ensalzaba la austera parquedad de una vida que satisficiera

tan sólo las necesidades naturales; al estudioso de la filosofía que, obligado por el emperador a darse la muerte, en una última, trágica farsa, nos legó una pobre imitación de los postreros momentos de Sócrates.

Mas si lo examinamos en las páginas de Tácito, casi contemporáneo suyo, o en las apasionadas defensas de Diderot o de Luis Astrana Marín, por ejemplo, encontraremos al severo, si bien impotente, educador de un joven paranoico que, en lo ilimitado de su poder no veía sino el instrumento perfecto para realizar maldades siempre nuevas; al genial estadista que durante cinco años, en colaboración con Burrho, supo imponer un certero rumbo de paz y orden al inmenso navío de aquel estado que, todavía sólido en su estructura, desde los tiempos de Tiberio, esto es, desde hacía unos cuarenta años, no había tenido un capitán tan siquiera cuerdo; hallamos al magnificante, benéfico hombre poderoso, cuya generosidad, a veces pudorosamente pasada en silencio por él, era proverbial; al intachable sabio, de recia contextura estoica, que vivió toda su vida en constante preparación para el último día, y cuyas elevadas palabras en la hora de la muerte eran tan largamente conocidas que Tácito se exime de reproducirlas.

Mas inmovilizarlo en la malévola caricatura de Dion Cassio o petrificarlo en la solemne e indiscutible moralidad en la que lo esculpen Tácito y, más aun, Diderot, equivale a mutilarle en su humanidad y, sobre todo, a negarle su ser filósofo, su ser hombre en continua, trabajosa, a menudo dolorosa búsqueda de una sabiduría que debía traducirse no en un saber, sino en un saber hacer, en un saber actuar en la virtud y hacia la virtud, sumo bien apetecible por sí mismo.

Y, en efecto, no podríamos llegar a la plena comprensión de Séneca, ni tampoco tendría sentido ocuparnos de él, si lo considerásemos un hombre, más inteligente que muchos de sus contemporáneos, pero simplemente un "hombre normal" (como un mortificante término hoy en boga define a los mediocres), que constantemente oscila entre los méritos y las culpas, entre la verdad y la hipocresía, entre los estudios, mal asimilados, y los vicios.

El hecho es que Séneca, de alguna manera, se consideró a sí mismo como "hombre normal", mas ¡cuán alto sitúa esta normalidad!

Para él, el hombre se compone de dos elementos, no sólo distintos, sino opuestos, los mismos que se encuentran en todos los demás seres, a saber, la materia y la razón que la informa, y que, bien diferente de la "forma" aristotélica, es parte de la recta razón que ordena y rige al universo, es Dios mismo, inmanente en la naturaleza, es el alma del mundo. La materia "yace inerte, dispuesta a todo, siempre ociosa si nadie la mueve" (*Cartas a Lucilio*, LXV, 2), y, en su pasividad, opone resistencia a la razón. Esto hace que en el cuerpo del hombre el alma se sienta a menudo como "encerrada en un lóbrego domicilio", tan a disgusto que "todas las veces que puede, sale al aire libre y reposa en la contemplación de la Naturaleza" (*Cartas*, LXV, 17). Esta, manifestación de la providencia divina, habitáculo de los dioses, Dios mismo inmanente, es vehículo de sabiduría, camino hacia la verdad: adentrándose en sus intimidades, el hombre puede llegar a descubrir qué es la materia del universo, quién es su autor, qué es Dios.

En Séneca, pues, mucho más platónico que aristotélico, no hay fusión de materia y forma, sino cohabitación: el hombre no es el compuesto de los dos elementos, sino un alma que habita en un cuerpo, informándolo y rigiéndolo, permaneciendo, sin embargo, ajena a él. El hombre lleva en sí una mezcla de lo material y lo divino: tiene un cuerpo endeble y frágil, inerme por su naturaleza, necesitado de la ayuda ajena, víctima de todas las injurias de la fortuna y, a pesar de esto, es capaz de mantenerse intrépido entre los peligros, entre los apetitos intacto, entre las adversidades feliz, entre las tempestades apacible y cosa es ésta, según Séneca, demasiado grande y sublime para que pueda creérsela proporcionada a ese cuerpecillo en el que alberga.

Se trata, entonces, de una cohabitación; pero, como normalmente sucede en este tipo de convivencia, los inquilinos no congenian: el cuerpo, elemento que incorpora al hombre al dominio de lo material, el cuerpo, fuente de los apetitos, arrastra al hombre hacia la ceguera animal. Para el alma es agobio, pena, prisión, en la que ella ejerce una función directriz que, sin embargo, si no es instruida por la filosofía, lo mismo puede refrenar que fomentar las pasiones.

El alma, partícula de la razón universal, de la cual ha sido momentáneamente separada y a la que ansía reincorporarse, por su misma procedencia tiende a someter al cuerpo, ordenándolo, así como la razón divina manda sobre todas las cosas y no es mandada por ninguna.

Marco Aurelio, el último de los estoicos romanos, dirá que "las cosas por sí mismas no son capaces de crear nuestros juicios". Es la razón, la que debe apropiarse de los materiales que le vienen desde fuera y construir su propia vida transformándolos, alimentándose con ellos "como —sigue afirmando en su lenguaje vigoroso el emperador filósofo— el fuego ardiente se apodera rápidamente de lo que se le añade, y lo consume, elevándose con ello a mayor altura" (*Pensamientos*).

La verdadera grandeza del hombre, pues, no se manifiesta claramente sino cuando se separan sus elementos componentes, cuando llega el día, temido como el último y que, en realidad, es la aurora del día eterno, en que el alma, restituida por entero a los dioses, puede contemplar, en la plenitud de una luz ahora apenas entrevista, todos los arcanos del universo.

Sin embargo, mientras dura la forzada convivencia, el alma encuentra su felicidad en la dignificación del hombre a través de un proceso de gradual purificación de lo material que permite el acercamiento paulatino a la verdad, la que sólo puede ser conocida en un primer momento mediante el dominio sobre las debilidades del cuerpo y, más tarde, con la definitiva liberación de ellas, último estadio de posible perfección humana que solamente el sabio puede alcanzar.

Esta doctrina no es ciertamente original en Séneca, discípulo del estoicismo griego, mas de espíritu tan ecléctico e independiente que, en la búsqueda de la verdad no se ciñe estrictamente a su escuela, sino que escudriña constantemente en huertos ajenos y hace suyo todo pensamiento que le encamine hacia la sabiduría. Ya los pitagóricos habían visto en el cuerpo la obligada etapa del alma en proceso de purificación; ya Platón había considerado los sentidos como incapaces de transmitir certeza alguna al alma, y por ende, como obstáculos a la investigación de la verdad a la que puede llegarse solamente por vía de razonamiento; ya Diógenes el Cínico, con sus discípulos, había demostrado el más soberano y completo desprecio ante esa carne, prestada al hombre por la fortuna, que en cualquier momento puede serle arrebatada sin el menor menoscabo del único bien inalienable, de la virtud; ya Epicuro, si bien creyó en la veracidad de las sensaciones y en su eficacia como vehículos de conocimiento, había visto en el cuerpo una fuente peligrosa de dolorosas pasiones que, si no son vencidas, impiden el logro de la felicidad.

No es pues nueva la posición senequiana ante las relaciones entre alma y cuerpo, mas no por esto es menos personal, menos auténtica; como toda su doctrina, es más el fruto de experiencias vividas, y sufridas, más el resultado de reflexiones personales que la simple adhesión a una postura filosófica precedente.

Desde muy temprana edad Séneca había encontrado en el cultivo del espíritu la única justificación de su existencia, el único recurso para llegar a ocupar dignamente su sitio en el mundo, pues a menudo se veía aquejado por la salud precaria de su cuerpo enfermizo, a la cual, sin embargo, debió su salvación en tiempos de Calígula. Este sádico, terrible en la lucidez de su desequilibrio, que deseaba que el pueblo romano hubiese tenido una sola cabeza para poder exterminarlo más fácilmente, también quiso

enseñar su criminalidad contra el joven cordobés al que, de la muerte, lo salvó la compasión, o el desprecio quizá, de una mujer pública que insinuó en el emperador la certidumbre de que muy pronto ese individuo tan débil sucumbiría en el implacable desenlace de su limitación corporal.

Más tarde, siendo emperador Claudio, Séneca fue exilado a la isla de Córcega, cuya naturaleza inclemente, cuyos lugares inhóspitos, estériles y desiertos, abrazados por el estío, en donde no había "ni pan, ni un sorbo de agua, ni una poca de lumbre", en donde no había "más que dos cosas: destierro y desterrados", provocaron un cambio violento en su existencia y pusieron en tela de juicio toda su conducta anterior.

Aquí, en un primer momento, su desgracia logra abatirle. Se encuentra todavía en los comienzos de su largo esfuerzo en la cuesta empinada de la sabiduría; todavía en él grita el deseo del disfrute de la gloria y renombre en el ambiente de brillante mundanidad de la Roma imperial; todavía no ha visto (quizás conserva cierto optimismo) el abismo de necedad, de esclavitud espiritual, de podredumbre social que impera en esa república en la que la libertad, y con ella el fermento intelectual, la moralidad entendida como pedestal sobre el que se levanta el estado en continuo proceso ascendente, ha sido muerta por la impreparación de tres emperadores que, como en un juego de niños crueles, se deleitan en ir descubriendo los límites siempre más evanescentes de un poder hasta ahora desconocido e insospechado, pagándolo, brutalmente, al fin, con la vida.

Todavía la filosofía no ha venido a templar los afectos de Séneca y, en una hora de desaliento, que se tiñe de orgullo y de melancolía, lanza un apasionado lamento: "Yo, que un día fui tu hijo mayor, tu más ilustre gloria, clavado estoy en este escollo. Córdoba, suelta tus cabellos" (*Poemas*).

Mas no es de Séneca entregarse a las lamentaciones. Ya la debilidad crónica de su cuerpo lo ha educado a robustecer el espíritu y, una vez más, busca fuerza y amparo en la sabiduría de los hombres que han sabido encontrar la felicidad en el cultivo de la virtud, olvidados o sobrepuestos a las circunstancias. En la *Consolación a Helvia*, su madre que no deja de llorar la ausencia del hijo más querido, confiesa: "no muy fuerte todavía para valerme por mí mismo, me refugié en campamentos ajenos, en los de aquellos que fácilmente se defienden y defienden a los suyos" (V, 2).

Este pasaje es, a mi juicio, indicativo de la incertidumbre espiritual en la que el cordobés aún navega: no posee la certeza de que Zenón o Crisipo —los estoicos objeto de su actual estudio— hayan descubierto la verdad, y, quizá, el problema por el momento no se le ha planteado como vital; únicamente busca defensa ante las desgracias que logran atacar su endebles humana.

Sin embargo, empieza a vislumbrar esa verdad, el camino hacia la virtud, y va sintiéndose siempre más firme ante los ataques imprevistos de la fortuna, esos golpes que paulatinamente va superando. El aislamiento (siete años duró su destierro), contribuye a agudizar y afinar su inteligencia especulativa y, finalmente, descubre la verdadera naturaleza del alma, espíritu divino, inmortal (si no en su individualidad, al menos en su reincorporación al alma universal), no circunscripta a límites impuestos desde afuera. "El alma es libre, afín a los dioses, tan grande como todo el mundo e igual a todo tiempo, porque su pensamiento recorre todos los cielos y se sumerge en todo tiempo, pasado y futuro. Este cuerpecillo, cárcel y atadura del alma, es arrojado de aquí para allá; en él caben los suplicios, las enfermedades, los latrocinios. El alma es inviolable y eterna y nadie en ella puede poner mano" (*Consolación a Helvia*, XI, 7).

Y con el alma, en el alma, Séneca descubre la libertad. La pequeña, árida isla en la que vive, el mar que lo circunda, no pueden impedir a su espíritu espaciar en la inmensidad del universo, investigar las vastidades del cielo estrellado, penetrar en el orden que rige a la naturaleza. Y puede evadirse del tiempo: con el recuerdo hacer presente el pasado y con la previsión predisponer del futuro. Ni las circunstancias pueden aherrojar el alma libre, que queda siempre dueña de sí.

Pero no todos los hombres poseen o conocen la libertad, si bien todos tienden a gozar de ella. Solamente puede ser libre el hombre cuya razón se ha depurado de toda afectividad. Esta lo liga a las coyunturas presentes apartándole de la contemplación del cosmos; matiza de subjetividad el examen de las situaciones impidiéndole la comprensión de las leyes universales; por medio de las pasiones obnubila al pensamiento que se torna incapaz de juicios justos y verdaderos. Pero Séneca, ahora, ya sabe curar su alma, se ha desprendido de los afectos irracionales que lo ataban a lo circunstancial. Se encuentra, sin embargo, como un convaleciente que, aunque ha sanado de su enfermedad, aún está débil, expuesto a las recaídas. Necesita fortalecer su virtud, dar contenidos a su razón, y se dedica a buscar la solución de un nuevo problema: ¿Cómo se explica que al hombre bueno se le injurie? El mismo se encuentra en la imposibilidad física de alejarse de su estancia obligada, ha sido condenado por estupro, acusación nunca históricamente comprobada; se halla prisionero y, según su juicio, gravemente ofendido. En el estoicismo encuentra ahora la manera de seguir sintiéndose libre y aun feliz. La filosofía lo ha introducido al mundo de la virtud; no se considera todavía un sabio —¿quién honestamente podría definirse tal?— mas ya sabe qué significa serlo, cómo éste se conduce en el discurrir de los acontecimientos. Y, sintiéndose afín a los hombres que han alcanzado el bien, queriendo disfrutar de la misma felicidad de la que ellos gozaron, niega, orgullosamente, la injuria que le ha sido inflingida: el sabio no puede recibir ultraje.

Los ignorantes, dotados de un criterio totalmente distinto al del sabio, que no juzgan según la razón, sino movidos por sus pasiones, pueden ofenderle, pueden ocasionarle algún sufrimiento, mas no le injurian: no tienen el poder de causar daño a su virtud. La opinión de estos enfermos de la mente no ataca la sabiduría del virtuoso, sino tan sólo su cuerpo. El sabio no se enoja, menos aun, se venga de la injuria; simplemente la niega.

Traducido en términos personales, significaba esto que la saña del débil e idiota Claudio, o, mejor, de sus libertos-consejeros que de él, incapaz de tomar iniciativas, se servían para alimentar sus intereses y urdir sus venganzas, se revelaba perfectamente inútil, ineficaz, necia. Séneca, revestido de la coraza de su virtud, es inatacable. Nadie puede quitarle su sabiduría, lo suyo propio e inalienable; ningún hombre puede privarle de su libertad pues ésta no consiste en apoderarse de lo extraño, sino en no dejarse arrebatarse lo propio. "La injuria es una mengua de aquel en quien recae, y nadie puede recibir injuria sin detrimento de su dignidad o de su cuerpo o de las cosas que están fuera de nosotros" (*De la Constancia del Sabio*, V, 4). Ahora bien, todo al hombre puede serle arrancado: salud, familia, riquezas, honores, fama, vida, cosas todas indiferentes y externas al alma, prestadas por la fortuna y que el sabio siempre se encuentra pronto y dispuesto a devolver. Mas la virtud, el bien del sabio, está en él mismo y no hay poder que pueda sustraérsela. "La fortuna no quita sino lo que dio; como no da la virtud, tampoco la quita" (*Ibidem*). ¡Tan indomeñable es el ánimo del sabio! Ya para demostrar la veracidad de sus palabras, para confortarse tal vez, ante las embestidas de la diosa vendada, trae Séneca ejemplos de hombres que supieron alcanzar esa serena fortaleza. El filósofo Stilbón, a Demetrio que acababa de tomar su patria, la ciudad de Megara, y que le preguntaba si había perdido algo: "Nada —le respondió— todas mis cosas están conmigo". Y, sin embargo, habían hecho botín de su patrimonio y de sus hijas, su patria había sido conquistada y "el rey le apostrafaba

desde lo alto de su carro, rodeado de las armas del ejército vencedor" (*De la Constancia del Sabio*, V, 6). "Pero, ¿qué hará el sabio al que abofetean? Lo que hizo Catón, cuando le pegaron en la cara, que no se enfadó, ni se vengó, ni siquiera lo perdonó, sino que negó que se le hubiera injuriado: es de mayor ánimo no admitir la injuria que perdonarla" (*De la Constancia del Sabio*, XIV, 3). La injuria no llega al sabio "porque está separado del contacto con los inferiores por tanta distancia que ninguna fuerza nociva extiende sus fuerzas hasta él. Aun cuando los poderosos y alzados en el mando y los fuertes por la obediencia de sus esclavos intenten dañarle, todos sus ataques quedarán tan sin fuerza y tan fuera de la sabiduría, como lo que se tira en alto con hondas y máquinas, que aunque se pierde de vista, vuelve abajo sin tocar el cielo" (*De la Constancia del Sabio*, VI, 1).

Pero ahora nuestro desterrado se ha hecho filósofo. Busca la sabiduría con ansia siempre mayor en lo más hondo de los problemas. El haber satisfecho el deseo de serenidad y, con esto, también el orgullo, hubiera podido contentar al Séneca afamado jurisconsulto, que abogaba en el foro con una oratoria tan fluida, tan rica de fórmulas nuevas, claras y austeramente sencillas, que había venido a traer un aura de frescura a los oídos ya hartos de una retórica que debía vestirse del adorno roboante para encubrir la inconsistencia de sus contenidos. Y no otra podía ser la expresión de la libertad coartada ya que, en régimen de tiranía, es demasiado peligroso tener ideas. Hubiera complacido aun al brillante joven de vasta erudición que había despertado la admiración de los mejores y celos peligrosos entre los potentes del círculo imperial, mas no puede llenar el espíritu del filósofo. Este quiere hallar la verdad, única, válida siempre y para todos y no puede encontrarla en la ínfima finitud de un hombre que, en el universo infinito, tiene el peso y la importancia de un grano de polvo. Debe inquirirla en el aspecto universal de las cuestiones.

Y ahora, una vez definida la posición del sabio ante la injuria, Séneca dilata el problema y se dedica al examen de un cuesito cuyas implicaciones son de carácter más general: ¿por qué existe el mal? ¿Cómo un Dios providente puede permitir el mal? ¿Por qué tantas adversidades le sobrevienen al sabio?

Ya muchas veces ha tratado de desentrañar el problema de Dios, que volverá a presentársele a lo largo de toda su vida sin que nunca sea capaz de lograr una solución que le satisfaga.

Con su escuela, piensa que Dios es el fuego creador, esto es, uno de los cuatro elementos que, según había afirmado Empédocles, constituyen la naturaleza, si bien sumamente sutil y depurado. Sin embargo, a veces, al considerarle razón, alma del mundo, tiende a darle una esencia incorpórea, diferenciándolo netamente de la materia. En una de sus últimas obras, las *Cuestiones Naturales*, se pregunta una vez más: "Crea Dios la materia de la cual ha menester o utiliza la ya existente? ¿Cuál de las dos es primero que la otra? ¿Sobrevino la materia a la razón o la razón a la materia?" Es claro que Séneca pone en duda el acto creativo desde la nada, pero el problema de la distinción entre Dios y materia queda insoluto.

El estoicismo antiguo admitía que, al fundirse y al compenetrarse los dos elementos para constituir el mundo, en una unión tan estrecha como la que hay entre el alma y el cuerpo, se materializa la divinidad en el mismo momento en que se diviniza la materia. Pero en el estoicismo medio de Panecio y Posidonio y, ahora, en el nuevo de nuestro filósofo, de Epicteto y Marco Aurelio, la influencia platónica conduce a la duda sobre la materialización de la divinidad que Séneca parece rechazar, aunque nunca categóricamente. En la *Consolación a Helvia* se expresa así: "...aquel que formara el universo, ya sea Dios, dueño de todo, ya la razón incorpórea, artífice de tan grandes obras, ya el espíritu difundido con igual intensidad por las cosas grandes o pequeñas,

ya el hado y la serie inmutable de causas trabadas entre sí...". "Razón incorpórea" le ha llamado, mas también "espíritu difundido con igual intensidad" en todos los seres, y esta tensión no la entiende en un sentido metafórico, sino, como Cleantes, en sentido literal (VIII, 3).

Dios, entonces, es materia él mismo o, al menos, de ella se ha servido para su creación y "no puede el artífice cambiar la materia; a su manera está sometido" e, implícito en la materia, en su inercia que la torna resistente y rebelde a la acción informadora de la acción divina, está el mal que, desde luego, consiste en la ausencia de virtud, ya que sólo la virtud es el bien. Males, entonces, solamente son los vicios del alma que ofuscan la razón causando la pérdida de la libertad y, por consiguiente, no deben enumerarse entre los males todos los acontecimientos de la existencia que no tienen el poder de modificar la inmutable coherencia del hombre bueno, de debilitar su fortaleza ante los golpes de la fortuna.

Queda así afirmada la existencia del mal y la imposibilidad de Dios para evitarlo en tanto es consustancial con la materia, y, sin embargo, no puede vérselo como elemento de desorden injustificado e injustificable en cuanto contribuye, según ya había afirmado Crisipo, a la armonía del universo que resulta del equilibrio de los contrarios y que fue creada por la ley, eterna e invariable, impresa en el cosmos por la divinidad providente.

Séneca, pues, como Zenón y Crisipo y, más tarde también Epicteto y Marco Aurelio, rechaza la casualidad y aboga por la noción de causa. En sus largos años de meditaciones ha indagado la conformación de la naturaleza, ha observado el orden maravilloso que la rige, la regularidad de los fenómenos que en ella se suceden y ha descubierto que no puede haber cabida para el azar, que "obra tan grande no estaría de pie si alguien no la conservase y que la reunión y curso de los astros no es un movimiento fortuito, pues las cosas que mueve el azar con frecuencia se perturban y con facilidad chocan; que procede del imperio de la ley eterna esta velocidad sin tropiezos, que lleva tantas cosas por la tierra y por el mar y tantas clarísimas lumbreras, tan ordenadamente resplandecientes... Ni aun aquellas cosas que parecen irregulares como la lluvia y las nubes, los golpes y los rayos encontrados, los fuegos que emergen de la cumbre rota de los montes, los temblores del suelo vacilante, con lo demás que los elementos tumultuosos promueven en derredor de la tierra, aunque sean repentinos, acontecen sin razón, sino que ellos también tienen sus causas" (*De Providencia*, I, 1-3).

Ahora bien, esta causalidad determina el destino del mundo, ineludible en tanto la ley divina es inquebrantable, que se resuelve en el orden universal, al que es virtuoso acogerse, proyectando en él los aconteceres individuales y reconociendo su justicia. Siendo, en efecto, el universo un todo unitario, no puede enjuiciarse de manera directa lo que a cada uno sucede sino en relación con el todo.

En el *De Providencia*, tratado que dedica a su amigo Lucilio, afirma Séneca: "Nos conducen los hados y el tiempo que ha de tener cada uno está decretado en la primera hora de su nacimiento. Una causa depende de otra... Por eso todo se ha de soportar con entereza, porque no nos ocurre por azar, como pensamos, sino que nos viene". Ha usado el verbo "soportar" que a muchos ha inducido al error de considerarlo sinónimo de "resignarse". Pero aquí no se trata de asumir una actitud de pasiva aquiescencia ante lo inevitable, de sentirse esclavos de los hados y sufrir resignadamente, ya que nada queda por hacer, sino, bien al contrario, de llevar a cabo un laborioso examen de la concatenación ordenada de los hechos para descubrir en ellos la causalidad que los rige; se trata de reconocerse integrantes del cosmos a cuya existencia contribuyen todas sus partes y, muy lejos de verse víctimas de los dioses, que, por otra parte, están igualmente subordinados a la ley, encontrarse orgullosamente

útiles, indispensables al universo. Quien entienda esto, es decir el sabio, quien sepa hallar su sitio y su función en la naturaleza, no pierde la libertad en la obediencia del destino, a saber, del Dios que ha establecido ese destino, sino que la encuentra definitivamente. Por eso afirma Séneca que ser libre significa obedecer a Dios.

El hombre no puede modificar el subseguirse de los acontecimientos, no puede elegir las situaciones dadas en las que se desarrolla su vida, así como no puede elegir el sexo, el lugar de nacimiento, los padres, mas su conducta, su actitud ante lo dado es el fruto de su libertad. Sócrates, Cano, Catón, todos los sabios en suma, fueron ellos mismos y no las circunstancias que los rodearon quienes organizaron sus vidas y una vez que se hubieron trazado una conducta, marcharon conforme a ella, consecuentes consigo mismos, dueños de todos sus actos, en los que fueron armonizando sus propósitos.

Para el hombre, entonces, tan sólo su exterior está prefijado: su alma, en cambio, se halla constantemente en *fieri*, deviene lo que su razón le dicte.

En los escritos de Séneca nos parece percibir hoy los primeros asomos de un pensamiento que ha tardado muchos siglos en cobrar una formulación clara, esto es, que el hombre no es una cosa, ni casi un ser, sino una posibilidad de ser, que no se realiza más que por su propio esfuerzo. La virtud se enraiza en la libertad y tanto ésta como aquella, ya lo hemos visto, no son dones de la fortuna sino el resultado de toda la actividad moral. Por eso no la poseen todos los hombres, sino los que han descubierto en su interior un mundo cuya única ley es, precisamente, su libertad.

En esta visión cosmológica el cordobés ha ensanchado enormemente los límites de su libertad: ya no ve tan sólo la independencia del alma ante el cuerpo, la inviolabilidad de la razón ante la ignorancia, sino su autonomía absoluta ante el destino del mundo. En el mismo momento en que cumple un acto de humildad al reconocerse como una minúscula porción del universo, cuyas discordias no pueden tan siquiera ser examinadas en su particularidad, se eleva agigantado por encima de los mismos dioses como señor incontrastado del destino de su alma. Las divinidades, en efecto, no poseen la posibilidad de elección, el ejercicio de la libertad. Sometidos a los hados, no pueden contravenir la ley y no están tampoco expuestos a los cambios de la fortuna. Su existencia discurre igual a lo largo de los siglos no por coherencia propia, sino por la imposibilidad de desviarse del curso de la causalidad. En definitiva, no se puede hablar de una actividad moral de los dioses, aunque sí, como lo hace Séneca, de los beneficios que a la humildad han concedido. El hombre, en cambio, es el único ser que sabe, puede y quiere darse la virtud. Y es en la misma dificultad que esta noble tarea conlleva, en la lucha constante contra la irracionalidad de los afectos y la fuerza de las pasiones, en la batalla contra las desgracias que la fortuna depara, en donde se modela y se afirma la personalidad del sabio, pues nada digno de un alma racional y libre se conquista sin un esfuerzo consciente y voluntario.

De esta manera llega Séneca a explicarse la razón de las dolorosas pruebas que los dioses benéficos envían a los hombres y, más aun, a los mejores. "Se marchita la virtud sin oposición; conócese cuán grande es y las fuerzas que tiene cuando prueba en el sufrimiento lo que puede. Has de saber que esto mismo han de hacer los hombres buenos: no han de temer las cosas duras y difíciles, ni quejarse del hado; lo que les acaeciére ténganlo por bueno, conviértanlo en bien. Lo que importa no es lo que te suceda, sino cómo lo llesves" (*De Providencia*, II, 4).

En su propia carne ha experimentado el filósofo la verdad de esta afirmación. En la plenitud de su gloria mundana, cuando ya había sido acogido entre las amistades de la familia imperial y recibía el aplauso de todos los hombres doctos de su tiempo, improvisamente había perdido a su amadísimo hijo y, al poco tiempo, a su abuelo. Luego le azotó la afrentosa acusación, el destierro, la pobreza. Mas, lejos de

desesperar sobre su condición o sobre la justicia de los hombres, en vez de replegarse en sombríos lamentos o de enjuiciar vanamente al destino, acepta, casi con orgullo, el reto de la vida. Ahora puede medir el caudal de sus fuerzas, conocer el valor de su alma, adquirir la templanza del espíritu y lograr la virtud ansiada. En este acontecimiento desagradable llega a ver la voluntad benévola de Dios que, como un padre amoroso y preocupado por la salud física y moral de sus hijos, ha extendido su mano hacia él para fortalecerle e indicarle el camino de la sabiduría en su propio bien y en provecho de los más débiles.

“Diré que los dioses velan por los que quieren que sean más ilustres cada vez que les dan ocasión de hacer algo animosa y fuertemente, para lo cual es necesario que las cosas sean difíciles. Has de conocer al piloto en la tempestad, al soldado en el combate. ¿Cómo puedo saber el ánimo que tengas al soportar la pobreza, si abundas en riquezas? ¿Cómo puedo saber la constancia que tengas ante la ignominia y el odio popular, si envejeces entre aplausos, si te sigue el favor del pueblo, irresistible y fácil por cierta inclinación de la mente? ¿Cómo puedo saber con qué ánimo llevarías la pérdida de tus hijos si ves junto a ti a los que engendraste?”

Estas son las preguntas que, aparentemente, Séneca dirige a su amigo: son una confesión, el resumen de su vida, el resultado de un largo y meticuloso examen de conciencia. De sus meditaciones, de sus pruebas en la arena de la virtud, extrae el cordobés sus pensamientos más profundos ya que con la honestidad y la coherencia de un verdadero sabio, rechaza toda doctrina que se limite a enriquecer su bagaje de erudición sin transformarse en vida conscientemente vivida. Hasta los últimos días de su existencia no dejó de estudiar a los filósofos más conocidos en su época, casi sin distinción de escuela, pero nunca se acogió a una postura que no pudiera hacer suya reelaborándola y formulándola ya de manera original.

Por esta razón su obra falta de sistematicidad, pero, para nosotros, adquiere el inestimable valor de un documento autobiográfico en el que palpita un espíritu agudo y esclarecido que quiere, más de lo que puede, hallar la sabiduría; que trabajosamente, lentamente, va conquistando las hermosas fortalezas de la virtud.

Y, en efecto, no es de creerse que Séneca, entregado al estudio de la filosofía, viviese sin vacilaciones los preceptos que él mismo se proponía. De ánimo apasionado, no podían dejar de latir los afectos que lo ligaban al mundo y si, por una parte, no es del hombre alcanzar la perfección del sabio estoico, por otra, demasiado numerosas eran las circunstancias que favorecían sus claudicaciones.

La emperatriz Agrippina, última esposa y sobrina de Claudio, madre de Nerón, logró que se le llamara de nuevo a Roma y le encomendó la educación de su hijo, en favor del cual ya había empezado a intrigar, y a cometer crímenes. Nos sentimos autorizados a creer que tal distinción no dejó de alagar la vanidad de Séneca quien, apenas liberado del exilio, improvisa y ostentosamente se veía desagraviado ante los ojos del mundo y, sin embargo, nos parece que era demasiado inteligente y dotado de penetración psicológica para que no comprendiese la doble intención de la terrible dama que un día habría de pagar con la vida su desmedida codicia.

La nueva posición de maestro y ministro del joven emperador le obligó a menudo a bajar a compromisos que eran políticamente indispensables para evitar catástrofes al imperio, y quizá se encontraban en pugna con su sentido ético. Por la magnificencia de Nerón, y por especulaciones bien tratadas, aumentaron extraordinariamente sus riquezas y de ellas disfrutó durante muchos años. Además su voluntad no siempre se mantuvo firme y a menudo no supo oponerse y resistir ante las situaciones. Por esta razón el historiador Tácito le juzgó un alma noble pero mal templada, un espíritu más agradable que vigoroso. Y, por otra parte, el sabio del que habla y al que aspira a imitar, libre de pasiones y afectos que mengüen su racionalidad y justicia, conforme con los designios del hado, armonizado con el cosmos, intrépido, constante y feliz

en medio de todas las borrascas de la existencia, es tan perfecto que no pasa de ser una utopía, tan sólo un ideal estimulante para aquellos hombres que tienden sin descanso a trascender los límites de su necesaria imperfección.

Si examinamos atentamente su vida, le veremos desfallecer a menudo ante el rigor de su ética, pero nos sentimos obligados a admitir que nunca se apartó de los senderos de la honestidad, ni nunca dejó de luchar, sobre todo contra sí mismo y contra su endebles, para conquistar, en nombre propio y en representación de todos los hombres, la libertad interior.

A sus enemigos que, si bien no podían atribuirle actos dignos de censura, le acusaban de no vivir conforme a su doctrina, él mismo les contestó admitiendo francamente sus fallas: "Si, pues, alguno de esos que ladran contra la filosofía dice como acostumbra: "¿Por qué tus palabras son más enteras que tu vida? ¿Por qué ante el superior bajas la voz y piensas que el dinero te es instrumento necesario, y te conmueves con el daño y sueltas el llanto al enterarte de la muerte de tu mujer o de tu amigo y cuidas tu reputación y te dejas tocar por las palabras malignas? ¿Por qué tu campo está cultivado más de lo que exige el uso natural? ¿Por qué no cenas de acuerdo con tus prescripciones? . . ." Te ayudaré después en las injurias y me objetaré más cosas de las que tú piensas: ahora sólo esto te respondo: 'No soy sabio, y, para dar pasto a tu malevolencia, no lo seré jamás'. Exígeme, por lo tanto, no que sea igual a los mejores, sino mejor que los malos. Para mí es bastante quitarme algo cada día de mis vicios y corregir mis defectos". (*De la vida bienaventurada*, XVII, 1-3).

En esta purificación constante, en esta intención siempre presente de superación moral, se dignifica el ser humano y se encamina hacia la sabiduría, y si esta meta tan lejana han logrado alcanzarla solamente los sabios, ya el inclinarse hacia ella vuelve sabio al hombre. "De los hombres —escribe Séneca— no ha de mirarse de dónde vienen, sino adónde van" (*Cartas a Lucilio*, XLIV, 6).

Séneca venía, o mejor, vivía en un ambiente desquiciado en el que se estaba ensayando la nueva organización del imperio en medio de las luchas entre el emperador, que aspiraba a un poder siempre más absoluto, y el senado, que se esforzaba por mantener las prerrogativas que después de la crisis de la república le había devuelto Augusto. Esta tensión, desde luego, no era provocada solamente por la rivalidad de intereses políticos y administrativos, sino, y sobre todo, por la diversidad de las concepciones ético-filosóficas que los movían. Por una parte quedaban aún algunos defensores de la antigua libertad republicana, fautores de la prístina rigidez y austeridad de costumbres, últimos bastiones en los que seguía defendiéndose la gloriosa *virtus* romana; por la otra, un grupo de individuos, ya apartados de todo ideal político y religioso que, en la atmósfera de perenne inseguridad determinada por las imprevisibles, y a menudo contradictorias decisiones del emperador, convertido prácticamente en la única fuente de legislación, no encontraban otro camino conveniente que el de perseguir la realización de sus deseos más inmediatos. La vida de justos y criminales, de poderosos e inermes, dependía del favor voluble del *princeps*, de la habilidad de los delatores, de los apetitos de los adversarios. El honrado Silio Itálico sucumbió a la codicia de Mesalina que quería tomar posesión de sus espléndidos jardines, en los cuales, más tarde, se vio obligada a darse la muerte. Británico, hijo y heredero legítimo de Claudio, fue asesinado por el veneno de Nerón porque, a pesar de su adolescencia, era honrado por muchos. Agripina, que no había dudado en mancharse de los delitos más repelentes con tal de lograr el imperio para Nerón, e, indirectamente, para sí misma, fue víctima de su propio hijo. Ningún recato, ninguna rémora refrenaba las pasiones.

Siendo ésta la situación, cabe preguntarnos cuáles razones impulsaron a Séneca a permanecer en sus funciones a pesar de los males de que se veía rodeado. Normal es suponer que el gran poder e influencia de que gozaba debía de satisfacer su ambición y que los óptimos resultados de su política, cuyos beneficios se exten-

dieron a todos los dominios de Roma, debían de alentarle en su obra; pero en sus escritos percibimos un interés que trasciende el plano personal. En una carta se dirige a Lucilio: "Todo esto que ves que incluye las cosas divinas y humanas, es todo uno; somos miembros de un gran cuerpo" (*Carta a Lucilio*, XCV, 52). Tal afirmación es propia de su escuela, pero Séneca no se limita a repetir la fórmula, sino que le da plasticidad y vida en un nuevo concepto de solidaridad entre todos los constituyentes de este cuerpo. "La naturaleza —añade— nos creó parientes sacándonos del mismo origen y destinándonos al mismo fin. Ella nos infundió el amor mutuo y nos hizo sociables. Ella estableció lo justo y lo injusto; por decreto suyo es más de compadecer al que daña que al dañado, por mandamiento suyo todas las manos han de alargarse hacia el que necesita ayuda. Esté siempre en nuestro corazón y en nuestra boca aquel verso: 'hombre soy y nada humano me es ajeno'. Tengamos las cosas en común: nacidos somos como todos. La sociedad humana es semejante a una bóveda que caería si las piedras no se sostuvieran unas a otras" (*Cartas a Lucilio*, XCV, 52-53).

Ahora bien, las piedras angulares de esta construcción las constituyen los sabios. En ellos descansa la responsabilidad de sostener y auxiliar a los demás hombres censurando, animando, enseñando y, sobre todo, dando ejemplo de libertad. Determinar lo que en cada caso pide la naturaleza humana exige de la mente un criterio que la preserve del error, criterio que sólo el sabio posee pues está dedicado a la búsqueda de "la verdad en las cosas divinas y humanas de las que nunca se apartan la religión, la piedad, la justicia y el restante cortejo de virtudes" (*Cartas a Lucilio*, XC, 3). Solamente puede tener el consejo el que se ha entregado al estudio de la filosofía y "ésta no se halla en las palabras sino en las obras. Ni ha de usarse para pasar el día con algún placer o quitar su fastidio y la ociosidad. Forma y modela el alma, ordena la vida, rige las acciones, indica lo que ha de hacerse y de omitirse, se sienta al timón y dirige el curso de los que van fluctuando por la vida. Sin ella nadie puede vivir sin temor. Sin ella nadie puede vivir con seguridad. Ocurren a cada hora innumerables accidentes que exigen un consejo que a ella ha de pedirse" (*Cartas a Lucilio*, XVI, 3).

El hombre vulgar, sumergido en la ignorancia, no sabe ni cómo ni dónde hallar su recta vía, así como la mujer que es "un animal imprudente y, si no se le arrima la ciencia y mucha erudición, una fiera que no sabe refrenar sus deseos" (*De la Constancia del Sabio*, XIV, 1). Es al sabio, entonces, a quien le corresponde acudir al lado de los necesitados, ya sea en relaciones privadas, ya sea en el ejercicio de las funciones públicas.

Si, para Zenón, la intervención en los negocios o el desempeño de cargos políticos no había sido incompatible con las meditaciones del sabio, para Séneca se convierte en preciso deber para los que más se han acercado a la sabiduría. Pues bien, nuestro filósofo, ciertamente no sabio, pero mejor que los malos, cumplió con el cometido que su condición le imponía y trabajó denodadamente en pro de su patria y de sus conciudadanos a pesar de las amarguras, de las desilusiones y de los peligros en que se hallaba. Siempre estuvo rodeado de envidiosos y adversarios que trataron de acusarle, sin lograrlo, de los peores crímenes; vio desvanecerse la esperanza de buen gobierno: su joven y talentoso discípulo, el mismo que respetuosa y cariñosamente le había confiado su vida y su imperio, el mismo que, al principio de su poder, se había dolido por saber escribir pues se veía obligado a firmar la sentencia de muerte de dos criminales, iba transformándose en un libertino, asesino, matricida, insaciable de crueldades, preocupado más por convertirse en espectáculo que por gobernar cuerdamente; día a día Séneca vio lúcidamente acercarse su desgracia y, sin embargo, mientras pudo ser de utilidad desde la posición que ocupaba, se mantuvo firme y no dejó de cumplir con su deber; cuando comprendió que todos sus esfuerzos para evitar lo que ningún hombre virtuoso podía aprobar eran inútiles, devolvió a Nerón todas

las riquezas que le había donado, logrando así readquirir su completa libertad también ante los ojos del mundo, ya que en su espíritu nunca la había perdido, se alejó voluntariamente de sus funciones públicas y se entregó a su activo *otium*. Desde entonces la filosofía fue su principal ocupación: estudió las obras de muchos filósofos, enriqueció su experiencia de muchas observaciones nuevas, escribió nuevos tratados y siguió ejerciendo su tarea de consejero y educador sobre todo con su caro Lucilio a quien iba convirtiendo al estoicismo por medio de frecuentes y numerosísimas cartas. El sabio siempre encuentra la manera de actuar conforme con sus responsabilidades: "Si la fortuna te separa de los primeros puestos de la república, permanece firme y ayuda con tus voces; si alguien te aprieta la garganta, permanece en pie y ayuda con tu silencio. Nunca es inútil el trabajo de un buen ciudadano; está aprovechando con que se le oiga y con que se le vea, con el rostro y con el gesto, con su obstinación callada y hasta con sus mismos pasos . . . Nunca se cierran tan por completo las cosas que no quede lugar para una acción honesta" (*De la Tranquilidad del ánimo*, IV, 6-8)

Y así lo hizo Séneca en los últimos años de su vida: libre de vivir como y en donde le pluguiere, se despojó del lujo y de todo ornamento inútil; todavía en posesión de inmensas riquezas, vivió ignorándolas. De sus cartas sabemos que muy a menudo viajaba, en compañía de un amigo y de uno o dos esclavos, en una pobre carreta, con el vestido que llevaba puesto y un zurrón de pan por todo equipaje. El mismo confiesa que le queda un resabio de respeto humano y que se avergüenza de su atavío al encontrarse con ricos cortejos, mas resiste en su parquedad. Su vida es ahora la revelación de la verdad de su doctrina: aparentemente caído en desgracia, se muestra más feliz que nunca, ha devuelto a la fortuna sus dones. Nada ha perdido, tiene su virtud. Ejemplo para los bien intencionados, escarnio para los que venden su libertad para conseguir favores inútiles e inseguros. El ex maestro y ministro del emperador vaga sin séquito, sin armas: no teme a nadie ni a nada, lo escuda su virtud. Es libre. Nerón, en cambio, no puede aventurarse sin escolta ni siquiera en los jardines de su palacio: el tirano es esclavo del odio que suscita, y más tarde será su víctima. La comparación no puede pasar inadvertida. Séneca, alejado y desligado de los negocios, silencioso y austero, ejecuta un refinado castigo para el cantor paranoico que se ciñe de la corona del imperio.

Muchas veces ha afirmado que la sabiduría no está en las palabras, que el sabio, con su vida, debe dar ejemplo de libertad, que siempre debe enfrentarse a su responsabilidad de educador. En esta última etapa de su vivir, su conducta es mucho más elocuente, sincera, convincente que cualquiera de sus tratados. Aún flaquea, aún no es perfecto, mas es indudable que su búsqueda tenaz lo ha llevado al umbral de la sabiduría.

En una noche de abril del año 65 Séneca recibió la orden de morir. No se hallaba desprevenido, pues demasiado bien conocía el curso alternante de la fortuna y, durante casi toda su vida, se había preparado para separarse gozoso de su cuerpo. En plena serenidad se hizo abrir las venas y dialogó con sus amigos, y los consoló de su muerte. Tardó ésta mucho en venir y él mismo ordenó que se le sumergiese en un baño caliente en donde, al fin, llegó el ansiado momento en que su alma, libre de ataduras, volaría hacia la visión luminosa de la verdad. ¿Quiso imitar a Sócrates? Es posible, pero el modelo justifica la intención. Mas, aunque fuera éste su propósito, no pudo tratarse de una actuación, ni siquiera de una imitación. Séneca vivió con perfecta coherencia toda su muerte, muerte larga y dolorosa, y no se puede fingir entre los espasmos de la agonía. Los últimos momentos son los reasuntivos y reveladores de la vida de un hombre.

Aunque tuviera presente un ideal para imitar, lo imitó completamente en sí mismo. Si no supo vivir como un sabio, como un sabio supo morir. En la hora de la muerte Séneca halló la sabiduría.